

las de la caballería, que cayó de rechazo sobre las demás tropas de infantería, ¡tan terrible y desesperado fué aquel choque! Al mismo tiempo oyéronse grandes gritos de la retaguardia. Vióse bajar rodando por la montaña peñascos que parecían desprendidos por sí solos, y rebotando, y entrando en las filas hacían pedazos hombres y caballos. Diríase que la montaña se animaba, y tomando parte por los montañeses, sacudía su melena como un león. Miráronse los soldados aterrados, y viendo que no podían devolver muerte por muerte se llenaron de un terror profundo y retrocedieron. En aquel momento la vanguardia, derrotada bajo las rústicas y ferradas mazas de los pastores, se replegó en desorden. El duque Leopoldo se creyó envuelto por numerosas tropas, dió la orden ó mejor el ejemplo de la retirada, y uno de los primeros abandonó el campo de batalla, y aquella misma noche lo vieron en Vintherthur pálido y consternado. El conde de Strasberg se apresuró á repasar el Brunig al saber la derrota de los austriacos.

Esta fué la primera victoria que alcanzaron los confederados. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de pobres pastores y miserables villanos y sirvió para fertilizar aquella noble tierra de la libertad. La batalla tomó el espresivo nombre de *Mongensteru*, porque empezó á la luz del lucero de la mañana.

Así se hicieron célebres los hombres de Schwitz, y á datar de esta victoria fueron llamados suizos los confederados, de la palabra *Schwitzer*, que quiere decir hombre de Schwitz. Uri, Schwitz y Unterwalden fueron el centro á que vinieron á agruparse á su vez los demás cantones, que el tratado de 1815 fijó en veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que involuntariamente había tomado una parte tan activa en esta revolución, después de hallar su huella otra vez en el campo de batalla de Laupen, en donde peleó cual simple ballestero con setecientos hombres de los Pequeños cantones, se le pierde de vista de nuevo para no volver á encontrarlo hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar á lo que se cree en la primavera de 1354.

Al derretirse las nieves del invierno creció mucho el Schaccen y arrastró tras sí una casa. En medio de los restos Tell vió flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; precipitóse inmediatamente en el torrente, alcanzó la cuna y la dirigió hacia la orilla; pero en el momento en que él iba á salir perdió el sentido del choque de un madero y desapareció. Hay hombres elegidos cuya muerte corona su vida.

El hijo mayor del sabio Matteo publicó en 1760 un extracto de un escritor danés del siglo XII llamado *Saxo Gramaticus*, que cuenta el hecho de la manzana y la atribuye á un rey de Dinamarca. Al momento la escuela positiva,

esa faja negra de la poesía, declaró que Guillermo Tell no había existido nunca, y gozoso con este descubrimiento, intentó quitar al solemne día de la libertad suiza los más brillantes rayos de su aurora; pero el buen pueblo de Walstetten guardó un santo respeto á la religiosa tradición de sus padres, y permaneció devoto á sus antiguos recuerdos. Allí el poema ha permanecido vivo y sagrado cual si acabase de verificarse (1), y por escéptico que uno sea, le es imposible dudar de la verdad de esta tradición cuando al recorrer aquellas comarcas ve como los descendientes de Walter Furst, de Stauffacher y de Mechtel oran á Dios porque les conserve su libertad, delante de la capilla consagrada al nacimiento de Guillermo y á la muerte de Guesler.

PAULINA.

Volvió por último el sacristán y nos abrió la reja delante de la cual he detenido á mis lectores para referirles la antigua leyenda que acaban de leer. Las capillas de Guillermo Tell están construidas todas sobre un mismo plano, en el interior hay algunas malas pinturas, que no tienen ni aun el mérito de datar de una época en que la sencillez era una escuela. La que nosotros visitábamos estaba adornada con toda la historia de Tell y de Mechtal: el techo representaba el paso del mar Rojo por los israelitas; yo no he podido comprender jamás la analogía que había entre Moisés y Guillermo Tell, sino es que ambos libertaron un pueblo; y como el sacristán tampoco sabía más que yo sobre este artículo, me veo precisado á dejar en la oscuridad que lo cubre el pensamiento simbólico del artista.

Presentáronme un libro en el cual cada viajero que pasa escribe su nombre y su pensamiento; es necesario leer muchos nombres y pensamientos reunidos para ver qué nombres y pensamientos tan raros hay. Al pie de la última página reconocí la firma de un amigo mío llamado Alfredo de N. que aquella misma mañana había pasado por allí; interrogué al sacristán y supé que seguía el mismo camino que yo y que había vuelto á bajar á Altorf.

(1) Los archivos de Altorf conservan el nombre de ciento catorce personas que asistieron en 1330 á la creación de la capilla Tellen Plate, (piedra de Tell) y que habían conocido personalmente á Guillermo Tell. Además su familia en la rama masculina no se ha extinguido hasta 1684, y en la línea femenina en 1729.—Juan Martín y Verónica Tell son los nombres de los dos últimos miembros de la familia.

Conveníame aquello: Alfredo es casi de mi edad; es un artista distinguido que estudiaba en los talleres de Mr. Ingres la pintura, que quería ejercer, cuando de no sé qué tío que en vida no le dió jamás un duro, heredó á su muerte 2,500 libras de renta. Alfredo había continuado la pintura, solo que iba al taller en coche, y se había cortado el cabello, barba y bigotes, de modo que era un hombre como los otros, teniendo además un buen corazón y talento.

Compréndese que un compañero de viaje así debía serme muy grato, á mi sobre todo que hacia ya algunos días que me veía obligado á contentarme con Francisco, excelente muchacho sin duda, pero á quien el cielo había dotado más de virtudes sólidas que de cualidades agradables; muy capaz para sostenerme en los malos caminos cuando el miedo de dar un tropezón reunía todas mis facultades pensadoras sobre el punto en donde era preciso poner el pie, pero muy incapaz de distraerme en los buenos caminos, en los que en cuanto mi cuerpo estaba seguro de conservar su equilibrio, recobraban mi lengua y mi espíritu su completa libertad, y con ella aquel furor de preguntar que tengo siempre en mis viajes. Pero había una cosa que jamás pude hacer comprender á Francisco hasta entonces, que tampoco comprendió luego, y es preciso que le haga esta justicia, el hacerle traducir en italiano las respuestas á las preguntas que yo le mandaba hacer en alemán á mis guías. Hacia, es verdad, la pregunta, escuchaba la respuesta con gran atención, y muchas veces con placer, pero se la guardaba religiosamente para sí. La única explicación que á mi mismo me he dado de aquel mutismo, es, que Francisco se figuraba que mis continuas preguntas tenían por objeto su instrucción particular.

Al salir de la capilla nos detuvimos un instante sobre la colina que domina el lago de los Cuatro Cantones, ofrece no solamente una deliciosa vista, sino también un magnífico panorama de historia; porque alrededor de aquel lago, cuna de la libertad suiza, han sucedido todos los acontecimientos de esta epopeya que acabamos de contar, y que gracias á la poesía de Schiller y á la música de Rossini, se ha hecho tan popular entre nosotros, que casi está tentado uno por creer que forma parte de nuestras crónicas nacionales.

Bajando hacia Altorf, atravesamos el Schachen por un puente cubierto; se halla en el mismo punto en que se ahogó Guillermo Tell al salvar al niño que arrastraba la avenida con su cuna.

En diez minutos llegamos á Altorf. Las dos primeras cosas que nos chocaron al llegar á la plaza fueron: una grande torre cuadrada, y paralela á ella una fuente bastante bonita: La torre está construida en el mismo lugar donde Guesler hizo plantar el mástil para poner su sombrero adornado con la corona ducal del

Austria. La fuente en el que estuvo atado el niño Walter cuando su padre le quitó de la cabeza la manzana. La torre está pintada por dos lados: en uno de los frescos representa la batalla de Morgarten ganada al duque Leopoldo el 15 de noviembre de 1315, y el otro toda la historia de la libertad suiza. La fuente sirve de pedestal á un grupo de dos estatuas, la una es Guillermo Tell con la ballesta y la otra Walter con la manzana. Mi guía me aseguró que en su juventud se recordaba haber visto aun el árbol á que estuvo atado el niño; pero aquel árbol que tenía nada menos que quince años daba sombra á la casa del general Bessler. El buen veterano gustaba, á lo que parece del sol, hizo cortar el tilo que le robaba sus rayos, y en su lugar levantó la fuente que hay hoy, que según el parecer de mi guía, que reasume el de los demás vecinos de Altorf presenta mejor golpe de vista. Medí la distancia que hay de la torre hasta la fuente y si la tradición es exacta, Guillermo dió á ciento y diez y ocho pasos la famosa prueba de habilidad que le ha valido su poética reputación.

Entramos para comer en la posada del Cisne, que está también en la plaza. Mientras el posadero nos calaba la sopa, y ponía á asar unas chuletas, vino su hija á preguntarnos en alemán si deseáramos ver la cárcel en donde estuvo Guillermo Tell, á lo que Francisco contestó en seguida y con el mayor desembarazo que no. Desgraciadamente para Francisco mis oídos comenzaban á acostumbrarse al alemán, habían comprendido la pregunta. Rectifiqué, pues, la respuesta diciendo á la muchacha que estaba dispuesto á seguir á mi nueva guía, y para no dejar duda de mi deseo á Francisco, interrumpiendo su indolencia, le ordené que viniese conmigo para servirme de intérprete, pues hacia ya tiempo que no me servía como guía, siendo él tan forastero como yo mismo en el país por donde viajábamos. Obedeció, aunque con profundo disgusto, pues nuestra curiosidad iba á satisfacerse á espensas de nuestros estómagos, y Francisco era más comilon que curioso. Siguióme con el rostro del hombre que se sacrifica por cumplir con sus deberes. Al ir á salir por la puerta vimos que nos llevaban la sopa á la mesa, último golpe dado al estoicismo del pobre mozo que me enseñó la sopera, y respirando voluptuosamente la atmósfera odorífica que nos rodeaba, no dije más que esta palabra, en que estaba todo su pensamiento: ¡La minestra!...

—*Va bene*, respondí yo, *é troppo bollente; al nostro ritorno sarà eccellente!*...

—*Die Kalte suppe ist ein selir schlechte; ding. La sopa fria es cosa muy mala*, murmuró Francisco en su lengua propia; pero casualmente yo no entendía palabra alguna de las que había dicho, y me hice sordo á tan política interpretación.

La hija del posadero nos llevó á una pequeña cueva que sirve hoy de despensa, en

cuyo techo hay dos argollas á las cuales nos aseguró sencillamente la doncella que habian estado atadas las manos de Guillermo Tell la noche que siguió á su rebelion á la autoridad de Gnessler y que precedió á su embarque en el lago de los Cuatro Cantones. De las puertas de encima que cerraban el calabozo ya no quedan mas que los goznes, que tambien nos hicieron ver.

Escuché esta tradicion, tal vez muy apócrifa, con lamisma fé con que la muchacha la contaba, y merezco ser contado, lo confieso, entre una clase de viajeros olvidada por Sterne: la de los crédulos. Mi imaginacion se ha hallado siempre bien en no querer indagar el fondo de esta especie de cosas. ¿Por qué despojar ademas los lugares de la poesia de los recuerdos, la mas íntima de todas las poesías? ¿Por qué no creer que la pieza donde ahora se guardan manzanas es el calabozo en que cinco siglos antes estuvo encadenado un héroe? Desde entonces he visto en Pizzo la prision de Murat: he pasado una noche en la misma cama donde el soldado real sudó su agonia: he puesto el dedo en el agujero de las balas que se metieron en la pared despues de haberle atravesado el cuerpo, y de esto no podia caberme duda porque era un suceso de ayer, y los niños que lo vieron apenas son hombres hoy; pero dentro de cincuenta años, de ciento, de cinco siglos, suponiendo que la fortaleza humedecida quede en pie, todas esas señales vivas todavía hoy, no serán ya mas que tradiciones como la de Guillermo Tell; tal vez pondrán en duda el oscuro nacimiento, la caballeresca carrera, la muerte fatal *del re Joachimo*, y esta historia de héroes que hemos conocido se mirará como un cuento soldadesco referido á la hoguera de un vivac de soldados. Bienaventurados los que creen; ellos son los elegidos de la poesia.

—Si, añadirán los escépticos; pero tambien comen la sopa fria y las costillas quemadas.

A esto no tengo nada que responder sino que el álgebra es una cosa muy hermosa pero que jamás he comprendido nada de ella.

Acabada la comida pregunté al posadero si habia en la posada un jóven francés llamado *Alfredo de N.*

—Cuando llegasteis acababa de marcharse.

—¿Sabeis á donde ha marchado?

—A Fluelen donde habia de antemano mandado prevenir una barca.

—Entonces la cuenta y nos vamos.

Este fué un nuevo golpe para Francesco; me hizo repetirlo dos veces antes de decidirse á traducirlo en alemán. El pobre muchacho habia tomado todas sus disposiciones necesarias para pasar el resto del dia y la noche en Altorf. Le prometí que dormiria admirablemente en Brunnen, cuya hosteria me habian ponderado mucho; esta promesa le hizo estremer, porque todavía teniamos que andar cinco leguas antes de llegar al abrigo que yo

le prometia; verdad es que cuatro y media debiamos hacerlas en el barco, pero el pobre Francesco, tan ignorante en geografía como descuidado é indiferente en historia, no sabia esto y ya compadecía á sus piernas, cuando yo le saqué de su error. Recobró al punto su buen humor, trájome alegremente el morral y el palo de camino, pagamos y nos despedimos de la capital del canton de Uri.

Francesco era con todo un excelente muchacho, fuera de la manía de que viajaba por gusto suyo, lo que ocasionaba equivocaciones continuas tomando disposiciones que muchas veces á mí no me acomodaban y que yo desahacia. De aquí su asombro cuando contrariaba sus disposiciones con una palabra inesperada. En tales casos habia un momento de lucha entre mi voluntad y su asombro; casi inmediatamente cedía pasivamente como una pobre criatura acostumbrada á la obediencia, y su buena índole le hacia recobrar al instante su jovialidad, haciendo nuevos proyectos que tambien debían desbaratarse á su vez.

Alfredo nos llevaba dos leguas de delante, ademas caminaba en carruage, lo que nos daba poca probabilidad de alcanzarlo: anduvimos mas aprisa y al cabo de un cuarto de hora entráramos ya en Fluelen. Estaba á unos cien pasos del rio, cuando divisé á mi viajero, que iba á poner el pie en la barca.

Le llamé por su nombre con toda la fuerza de mis pulmones: volvióse y aunque visiblemente me habia reconocido, no por eso dejó de embarcarse, antes al contrario, parecióme que todavía tenia mas prisa á medida que yo me aproximaba. Llamélo segunda vez: saludóme sonriendo y meneando la cabeza; pero tomando al mismo tiempo un remo de mano de uno de los marineros, sirvióse de él para separar la barca de la orilla. En el movimiento que hizo descubri entonces solamente á una muger que se ocultaba á su espalda. Comprendí al punto la causa de aquella aparente groseria y le tranquilicé con un respetuoso saludo, para que viese que yo no quedaba incomodado con su proceder, y era fácil de adivinar que me dirigia por mitad á su misteriosa vecina. Al mismo tiempo detuve á Francesco, que no comprendiendo nada de nuestra pantomima, continuaba corriendo hácia la embarcacion y gritando en alemán para que se parasen á los marineros. Alfredo me dió las gracias con la mano, y la barca se alejó graciosamente, dirigiéndose hácia la base del Axemberg, en donde está la capilla de *Tellen Plate*. En cuanto á Francesco, le autoricé para que hiciese prepararnos habitacion y camas en Fluelen, mision que desempeñó con la mas viva satisfaccion, con la no menos que tuve yo en ir á tenderme perezosamente á la orilla del lago.

Siempre es una excelente cosa el acostarse, pero esta accion se hace á veces con circunstancias maravillosas. Echarse sobre una

tierra histórica y orilla de un lago que se pierde entre montañas; ver deslizarse por el agua, como un fantasma, una barca, en la que hay una persona que nos suscita recuerdos de otra época, y hábitos de otra localidad, sentir mezclarse lo pasado á lo presente, por diferentes que sean uno de otro; estar en persona en Suiza y en espíritu en Francia, ver con los ojos de la imaginacion la calle de la Paz, y con los del cuerpo el lago de Lucerna; confundir en aquella infinita meditacion, sin objeto, sitios y objetos; ver pasar en aquel caos figuras que llevan luz en sí mismas, como los ángeles de Martyna, es un sueño del dia que puede compararse á los mas hermosos de la noche, mayormente si se verificase cuando oscurece la tarde, cuando el sol se oculta tras de una colina que se inflama como la del Horeb, y en donde el crepúsculo empapado todo de frescura, de silencio y de rocío, hace temblar en el Oriente las primeras estrellas de la noche: entonces comprendéis instintivamente, que el mundo camina para sí mismo, y no para el hombre, que no es mas que un espectador convidado por la bondad de Dios á aquel espléndido espectáculo, y que la tierra no es mas que un fragmento inteligente del sistema universal. Entonces pensais de repente con terror cuan poco espacio ocupais en la tierra; pero pronto, obrando el espíritu sobre la materia, vuestro pensamiento se estiende á la grandeza de los objetos que abarca: unis lo presente con lo pasado, los mundos á los mundos, el hombre á Dios, y os decis á vos mismo asombrado de tanta debilidad y tanta grandeza; ¡Señor, cuan pequeño me hicieron vuestras manos y cuan grande me ha hecho vuestro espíritu!

Hallábame sumergido en lo mas profundo de estos pensamientos, cuando la voz de Francesco me hizo volver á una esfera de cosas mas inferiores: venia á anunciarme que por pequeño que la mano de Dios me hubiese hecho, no habia lugar para mí en la posada de Fluelen, y viendo que aquella noticia producía en mi alma un efecto desagradable, me presentó en seguida á un mozo de Lausana, cochero de oficio, el cual ponía á mi disposicion el coche y caballos que habian traído á Alfredo, si queria volver á Altorf ó por sí me decidia á dar la vuelta al lago por la orilla izquierda, por la cual hay un camino casi regular. Ninguna de las dos proposiciones me convenía, pero le hice una que no se esperaba, era la de que me alquilase por toda la noche el interior del coche, que aceptó como buen suizo, dispuesto siempre á sacar partido de todo. Convenimos en el precio por un franco y medio, y Francesco se fué en seguida á buscar paja para llenar el fondo del coche; mi blusa debia reemplazar las sábanas, y mi capa servirme de colcha.

Habiéndome quedado solo con el propietario de mi improvisada habitacion, le pre-

gunté sobre Alfredo y sobre la persona que le acompañaba; pero no sabia absolutamente nada, sino que la señora estaba enferma, que parecia amar prodigiosamente á su compañero de viage y se llamaba *Paulina*.

Cuando me convencí bien de que no sabia nada mas, me desnudé, me eché en el lago, para hacer mi *toilette* de noche, y me fui á acostar á mi carruage.

HISTORIA DE UN BURRO, DE UN HOMBRE, DE UN PERRO Y DE UNA MUGER.

A la mañana siguiente me despertó al amanecer el cochero que enganchara los caballos al carruage, y como no tenia que ir á la misma parte él que yo, traté de saltar inmediatamente de mi cama, y encontré al buen Francesco dispuesto á seguirme. La barca que yo habia alquilado desde el dia anterior nos esperaba ya con dos marineros y el patron; embarcámonos y comenzamos á navegar; una hora despues desembarcáramos en la tierra de Guillermo Tell. Segun los marineros que venian con nosotros nos halláramos en la misma roca en donde habia saltado el intrépido cazador, valiéndose de la libertad que Gnessler le habia hecho dar en medio de la tormenta.

A un cuarto de legua poco menos de la capilla de *Tellen Plate*, sobre la misma margen del lago y á espaldas de la aldea de Sissigen, se presenta un valle que tres leguas mas adelante cierra el Ross'-Stock; la cumbre escarpada de este cerro sirvió de senda á los veinte y cinco mil rusos mandados por Suwarow, que bajaron al lugar de Muotta el 28 de octubre de 1799. Entonces fué cuando se vieron desfilar ejércitos enteros por donde poco antes los cazadores de gamos se quitaban los zapatos y caminaban descalzos agarrándose con las manos por no caer. Allí fué donde tres pueblos procedentes de tres naciones diversas se reunieron en el nido de las águilas, como para poner á Dios por juez de sus diferencias. Hubo un momento en que todas aquellas heladas montañas se inflamaron como volcanes, las cascadas bajaron enrojadas de sangre al llano, y cayeron sobre el valle aludes de hombres, siendo tan copiosa la mies de la muerte en un sitio en donde hasta entonces no habian subido los vivientes, que los buitres, para quienes la muerte habia trabajado, en tan abundante botín desdeñaban la carne y no comian mas que los ojos de los cadáveres, llevándose los para alimentar sus polluelos.

Trataba de pararme y visitar aquel valle en que Massena y Suwarow habian luchado como titanes, pero los marineros me dijeron que subiendo por la Muota, volveria á encontrarme entre Inhenbolli y Schwitz, tendria mejor camino, y continué hacia él. Grutli, pasando siempre por un pais tan fértil en recuerdos históricos que los unos se suceden sin interrupcion á los otros.

Llegamos á Grutli, subimos la cuesta no muy pesada de la colina, y llegamos á un rellano que es una deliciosa pradera: allí es donde, en la noche del 17 de noviembre de 1307, Werner Stauffacher del canton de Schwitz, Walter Furst del de Uri, y Arnaldo de Mechtal del de Unterwalden, seguidos de diez hombres cada cual, juraron libertar á su patria impetrando de Dios un milagro para conocer si aceptaba su juramento. Aun se ven los tres manantiales que brotaron á los pies de los tres gefes. Cinco siglos hace que están corriendo, y segun los antiguos profetas de las montañas se secarán el día en que la Suiza pierda su libertad. El primero contando por la izquierda es el de Walter Furst, el segundo el de Werner Stauffacher, y el tercero el de Mechtal.

Dispuse almorzar en la misma rotonda que cubre las tres fuentes, que segun me esplicó el *cicerone* de aquel pequeño pedazo de mundo, se debe á la *munificencia* del rey de Prusia: observé una cosa que no dejaba de hacer honor al patriotismo de mis camaradas, y es que respetando sin duda el agua de las fuentes solo gastaron vino puro. No sé si se pusieron alegres por la satisfaccion de haber cumplido algun deber, pero lo cierto es que pasaron el lago con mucha algazara, acompañando el movimiento del remo con una tirolesa cuyo estribillo oí yo aun en la otra parte del Brunnen diez minutos despues de haberme separado de ellos.

Aquel sitio no ofrece nada notable, asi no nos paramos en él mas que para preguntar á un hombre que fumaba sentado en un banco en el umbral de la última casa, si era aquel el camino de Schwitz. Respondiéron que sí, y para corroborar su aserto, nos enseñó á trescientos pasos mas adelante á un hombre con un burro que iba delante de nosotros y por el camino que nosotros debiamos andar hasta Ibach. Mientras hablábamos, el hombre y el burro se habian ocultado á nuestra vista en un recodo del camino, y ya no pensábamos en ellos, cuando al llegar al sitio en donde los habiamos perdido de vista, vimos que el burro volvía á gran galope anunciando su vuelta con toda la valentia de un vibrante rebuzno. Detrás de él, pero no con tanta velocidad, venia corriendo el dueño usando la elocuencia mas persuasiva para detener al fugitivo. Como el idioma en que conjuraba á su burro era el mio materno, hizome tanto efecto como poco le hacia el terco animal á quien se dirigia. Al pasar por mi lado cogile por el ramal

que iba arrastrando por el suelo, mas ni por esas se paró, continuó caminando; mas yo que no queria quedar desairado por un burro, me esforcé en detenerle y comencé á tirar con toda mi fuerza. No sé quien hubiera vencido al fin si Francesco no hubiese acudido en mi socorro descargando una lluvia de palos en la parte posterior de mi adversario. El argumento fué concluyente, porque el burro se rindió y lo entregamos á su dueño, que llegaba jadeando y sudando á mares por todo su cuerpo.

Al pronto creimos que renovaria nuestras razones de palo al picaro animal; pero con poca admiracion le vimos dirigirle la palabra con un acento de ternura tan fuera de propósito, que no pude menos de reconvenirle por su mausédubre diciendo, que echaria á perder el carácter de su asno si lo mimaba de aquel modo, consintiéndole tales caprichos.

—¡Oh! no es un capricho, no, es que se ha espantado.

—¿Y de qué?

—Del fuego que los muchachos han encendido en la carretera.

—¡Vaya! pues es chistoso que un burro tenga miedo á la lumbre.

—¿Qué queréis? no puede hacer mas el pobre animal.

—Pero si fueseis montado en él cuando le da ese miedo, si no sois buen ginete, os arrojaria al suelo por las orejas y os rompería la cabeza.

—¡Oh! si señor, sin duda alguna, por esto no le monto jamás.

—Entonces de bastante os sirve.

—Pues mirad, aquí donde lo veis, sabed que ha sido el mejor animal del mundo, dócil, trabajador, valiente.... no habia otro como él en todo el canton.

—Vuestra condescendencia lo habrá echado á perder.

—No señor, no, fué una desgracia.

—Arre, burro; grité yo viendo que se paraba otra vez.

—Aguardaos, señor mio.... es que no quiere pasar por el agua.

—¿Cómo! el agua tambien le espanta.

—Sí, tambien.

—¿Es decir que se espanta de todo?

—Efectivamente es muy miedoso.—Arre, borrico.

Acabábamos de llegar á un arroyuelo de unos diez pies de anchura que dividia el camino, y Perico, que asi se llamaba nuestro héroe de cuatro patas, se plantó en la orilla del agua que le causaba miedo, sin querer entrar en ella de modo alguno. Su resolucion era muy terminante, y en valde se cansaba su amo en tirarle del ramal, pues Perico estaba terco y mas terco. Fui á donde estaba el pobre hombre, y le ayudé á tirar del borrico; pero Perico parecia clavado en el suelo, sobre todo con sus pies traseros. Francesco empujó

zó á empujarle por detrás, pero no por esto daba un paso el condenado animal, al fin me empuñé con tanta rabia y tiré tan fuertemente, que se rompió el ramal. Este incidente produjo resultados muy diferentes en los dos y que merecen la pena de referirse. El amo del burro se cayó de espaldas al arroyo, yo fui dando tropezones mas de diez pasos y me caí en el polvo, y Francesco faltándole el punto de apoyo, gracias al cuarto de conversion que hizo Perico al verse libre, cayó de cara cuan largo era en el arroyo.

—Ya me lo esperaba yo que no pasaria, dijo el mansísimo amo, mientras se sacudia los calzones empapados en agua.

—Pero ¿sabeis que ese burro es un infante rinoceronte? respondí yo limpiándome el polvo.

—*Diavolo di sommaro*, murmuró Francesco en tanto que iba á lavarse la cara en el agua llena de lodo.

—Mil gracias, buen señor, siento que os hayais incomodado.

—No hay de que: solo siento que no hayamos hecho pasar á ese demonio.

—Que queréis, cuando se ha hecho todo lo posible....

—Pero ahora, ¿cómo diablos os compondreis?

—Daré un rodeo.

—¿Y dejaréis que Perico se salga con la suya?

—¡Pues si no quiere pasar!

—¡Oh! no, eso no, repliqué yo: aunque lo haya de pasar yo á cuestras, el burro pasará.

—¡Quí! pesa mucho para eso.

—Cogerlo por el ramal, pues me ocurre una excelente idea.

Hizolo así el buen hombre.

—Bien, añadí yo: ahora aproximadlo todo lo mas que se pueda al arroyo.

—¿Está bien así?

—¡Perfectamente! ¿Has acabado de lavarle, Francesco?

—Sí, ilustrísimo señor.

—Dame tu palo y pasa por delante de Perico. Hizolo así Francesco mientras el amo estaba haciendo fiestas á su asno.

Yo me aproveché de aquel momento para ponerme al otro lado del animal, y mientras recibia las caricias de su amo, le pasé por debajo de la barriga nuestros dos palos de camino. Francesco comprendió inmediatamente mi intencion, volviósse de espaldas como un mozo de cuerda de los que trasportan objetos de peso muy abultados, y se colocó en los hombros las dos puntas delanteras de nuestros palos, mientras yo cogia las otras dos. ¡*Al aire!* dije, y Perico se vió levantar del suelo: ¡adelante, marchen! y comenzó á caminar triunfalmente cual si fuese en una silla de manos.

Bien que lo nuevo del modo le hubiese aturrido, bien que acaso reconociese la supe-

rioridad de nuestros conocimientos dinámicos, la verdad es que Perico no opuso la menor resistencia y lo depositamos sano y salvo á la otra orilla del arroyo.

—¡Ay, Dios mio! dijo el amo del asno cuando lo vió otra vez en el suelo, nunca hubieras pensado una cosa semejante: ¿no es cierto, Perico?

—Y bien, le dije yo entonces al labriego, contadme el percance sucedido á vuestro burro, y de donde proviene el fuego y el agua le causan miedo; pues me parece que acreedor soy á esta confianza, despues del servicio que acabo de prestaros.

—¡Ah! ¡señor! me respondió el labrador, colocando su mano sobre el cuello de su animal; la cosa sucedió hará dos años para el próximo noviembre: habia ya mucha nieve en la montaña, y una noche que habia yo vuelto como hoy á Brunnen con Perico: en aquel tiempo, ¡pobre animal! no tenia miedo á nada, y nosotros nos calentábamos, mi hijo que aun no habie muerto en aquella época, mi nuera Fidel y yo.

—Perdonad, le interrumpí, pero cuando comienzo á oír una historia deseo perfectamente conocer los personajes.

—Decidme, ¿quién es Fidel?

—Con perdon vuestro, es mi perro, un soberbio animal.

—Muy bien, amigo, ya os escucho:

—Calentámonos, pues, oyendo silbar el viento entre los pinares, cuando llamaron á la puerta; corri á abrir. Eran dos jóvenes de París que habian salido de Santa Ana sin guia y que se habian perdido en la montaña. Estaban fiesos de frio; les hice acercarse á la lumbre, y mientras entraban en calor, Mariana preparó un cuarto de gamuza. Eran gente franca, aunque medio helados, alegres y divertidos, verdaderos franceses, en fin. Lo que les habia salvado es, que llevaban consigo lo necesario para hacer fuego, haciendo dos ó tres hogueras en diferentes sitios para calentarse, y prosiguiendo despues su viage calentándose y volviendo á enfriarse, hasta que llegaron á la casa. Concluida la cena los llevé al cuarto que les habia preparado; no era elegante por cierto, pero era cuanto teniamos; calentito como un horno, porque tenía una puerta que daba al establo, y la gente aprovecha el calor de los animales. Cuando fui á buscar paja para hacer la cama, dejé abierta la puerta de comunicacion, y Perico que siempre estaba suelto, porque era manso como un cordero, entró detrás de mí en el cuarto, siguiéndome como un perro, comiendo paja de la que yo llevaba debajo del brazo.—Teneis un famoso animal, me dijo uno de los viajeros.—Efectivamente, yo no sé si lo habeis reparado; pero Perico es soberbio en su género.

Yo hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo se llama? preguntó el mayor de los dos.

—Se llama Perico. Podeis llamarlo, no es arisco, y vendrá.

—¿Cuánto puede valer un burro como este?

—¡Tomad veinte ó treinta escudos.

—Eso no es nada.

—Efectivamente, para lo que trabaja es nada. Vamos, Perico, amigo mio, es preciso dejar descansar á estos señores, y para no incomodar mas á aquellos señores, me fui por la cuadra. Un instante despues les oí dar grandes careajadas; bueno, dije yo, Dios bendice la choza donde la gente está alegre.

Al día siguiente; sobre las siete, se despertaron los dos huéspedes; mi hijo se había ido ya á cazar. ¡Pobre Francisco! era su pasión.... en fin, Mariana había preparado el desayuno. Nuestros huéspedes comieron con apetito de viajeros: despues quisieron ajustar cuentas, les dijimos que era lo que quisiesen, dieron un luis en oro á Mariana, que quiso devolvérselo, pero ellos se opusieron; eran ricos á lo que parece.

—Ahora, amigo, es menester otra cosa; necesitamos que nos presteis á Perico hasta Brunnen, dijo uno de los dos.

—Con muchísimo gusto, le respondí; lo dejareis en la posada del Aguila en donde lo recogeré cuando yo vaya á buscar provisiones. Perico está á vuestra disposición, podeis montarlo un rato cada uno, los dos á un tiempo, pues es muy firme, y así ireis descansados.

—Pero replicó el otro compañero, como pudiera suceder alguna desgracia al borrico...

—¿Qué quereis que le suceda? les dije. El camino es bueno desde aquí á Ibach, y desde Ibach á Brunnen es excelente.

—Pero no se sabe lo que puede suceder. Vamos á dejaros el valor del burro.

—Es inútil, tengo confianza en vosotros.

—Sin esta condicion no nos lo llevamos.

—Haced lo que querais; sois los amos.

—Habeis dicho poco ha que el asno valia treinta escudos.

—A lo menos.

—Ahí teneis cuarenta. Dadnos recibo. Si al llegar á Brunnen entregamos sano y salvo vuestro burro al posadero del Aguila, nos devolvareis esta cantidad, quedándoos con ella si le sucediere alguna desgracia á Perico.

Nada mejor podían decir que esto. Mi nuera, que sabia leer y escribir, porque era hija del maestro de escuela de Goldausles, dió un recibo circunstanciado. Aparejamos á Perico y se marcharon. Es menester hacer justicia á la pobre bestia; no queria marchar. Nos miraba con un aire triste que me causó pena, fui á cortar un pedazo de pan y se lo di. El pan le gusta mucho: era el medio de hacer de él cuanto se queria; de modo que no tuve mas que decirle ¡vamos! y echó á andar. En aquel tiempo era obediente como un perrillo.

—Mucho ha cambiado con la edad.

—¡Está desconocido! pero no por la edad, sino por el accidente que le sucedió.

—¿Qué le sucedió durante el viage?

—¡Una cosa horrible! ¿No es verdad, pobre Perico?

—Veamos el accidente.

—Jamás lo adivinariais. Es preciso imaginaros que aquellos calaveras parisienses tuvieron una idea; ¡pero qué idea! una idea endiablada, y fué la de irse calentando durante todo el camino, en vez de hacerlo de rato en rato, como en el día anterior. Para esto pensaron en Perico; despues he sabido cómo lo hicieron, porque me lo contó un vecino de Ried que trabajaba en el bosque y que los vió. Primero pusieron yerba mojada sobre la albarda del jumento, luego una capa de nieve, despues otra de yerba, y encima un haz de leña á que prendieron fuego con un fósforo, de modo que no tenían mas que seguir á Perico para calentarse, y que alargar la mano para encender sus cigarros, exactamente como si estuviesen delante de una chimenea. ¿Qué decís de la invención?

—Que reconozco perfectamente á mis parisienses.

—Tambien hubiera debido reconocerlos yo, pues ya habia tenido que tratar con ellos en tiempo del general Massena.

—¿Cómo! ¿Habitábais entonces esta comarca?

—Recien llegado del canton de Vaux acababa de establecerme aquí, por esto hablo el francés.

—¿Y habeis visto el famoso combate de Muotta-Thal?

—Es decir, lo vi y no lo vi; pero esa es otra historia, esta es la mia.

—Es verdad, y todavia estamos en la de Perico.

—Como íbamos diciendo, durante una legua anduvo bien la cosa, habian atravesado la aldea de Schonembuch, calentándose y sin detenerse mas que para añadir leña al fuego. Toda la gente salió á las puertas para verlos pasar; nunca se habia visto una cosa igual; pero poco á poco el calor del fuego fué derritiendo la nieve, y ya se habian secado las dos capas de yerba sin que los parisienses hubiesen reparado que el fuego se acercaba á la piel de Perico, que fué el primero que lo notó. Comenzó por dar respingos, despues por rebuznar, despues por trotar, por ir á galope; de suerte que los jóvenes no podian seguirle; y cuanto mas de prisa andaba, mas la corriente del aire encendia la hoguera. En fin, el pobre animal se tumbó en el suelo revolcándose como un loco, levantándose y volviéndose á tumbar. La albarda llegó á quemarse y el pobre burro se asaba, se levantaba y se volvía á echar; en fin, á fuerza de rodar por tierra, llegó á la vertiente del rio, y como estaba muy en cuenta, fué á caer dentro de él.

Los dos calaveras continuaron su camino sin cuidarse de él: estaba pagado el importe del burro.

Al cabo de dos horas encontraron á Perico:

estaba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo: quisieron acercarlo á la lumbre; pero así que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas extraordinarias que las de Perico, comprendí perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideración que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocadito, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

—A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

—¿Cuál, mi amo? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

—Habeis dicho que habiais conocido á los franceses del tiempo de Massena.

—Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañetear su lengua en el paladar.

—¿Y habeis tenido trato con ellos?

—¡Oh! con uno entre otros. ¡Qué ganapan! y era un capitán, sin embargo.

—¿No podríais contarme eso?

—Si tal. Imaginaos.... pero ya está aquí la tortilla....

Efectivamente nos traian el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitación con que mi convidado saludaba su presencia, habria sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

—¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

—¡Oh! sí, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

—Sí, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

—¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo allí; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en

donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero allí hay un cuartito.

—A fé mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

—Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una excelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no está allí ya:—El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francisco!.... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y esquisita leche. ¡Vamos!

—Estoy seguro de que estaré muy bien.

—Muy bien no, pero se tratará de que esteis lo menos mal. ¡A vuestra salud!

—A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

—Gracias: me haceis recordar que me he olvidado de Perico....

—Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

—Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque, ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisienses, y esto sea dicho con vuestro perdon....

—Continuad, continuad, yo no soy de Paris.

—No tendria el carácter maleado como lo tiene.

Y era verdad lo que decia, la civilización todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habian desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámoslo, y partimos en seguida.

—¿Y nuestro capitán? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

—¡Ah! sí, el capitán! Era la mañana del 29 de setiembre, día de la batalla; me acuerdo como si fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho días hacia que acababa de casarme, y tenia alquilada la casa que hoy ocupo. Habia yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabia qué querian hacer de mí.

—¿Hablas francés? me dijo él.

—Sí: es mi lengua.

—¿Y hace mucho tiempo que vives en este país?